

El elogio de Gabriel Álvarez de Toledo en la Real Academia Española (1736)

**An Academic Eulogy for Gabriel Álvarez de Toledo
in the Real Academia Española (1736)**

ANA ISABEL MARTÍN-PUYA

Universidad de Córdoba

<https://orcid.org/0000-0001-9361-4623>

CESXVIII, núm. 34 (2024), págs. 13-47

DOI: <https://doi.org/10.17811/cesxviii.34.2024.13-47>

ISSN: 1131-9879

ISSNe: 2697-0643



Universidad de Oviedo



INSTITUTO FEIJOO DE
ESTUDIOS DEL SIGLO XVIII

RESUMEN

En este artículo se estudia el elogio académico de Gabriel Álvarez de Toledo que Manuel de Villegas Piñateli leyó en la Real Academia Española en 1736: su germen, sus posibles fuentes, los datos contrastables, la elaboración retórica y la construcción biográfica como *sabio cristiano*. Posteriormente, se confronta con la semblanza biográfica que realizó Torres Villarroel para su edición de las obras poéticas del sevillano en 1744.

PALABRAS CLAVE

Biografía, Real Academia Española, siglo XVIII, Gabriel Álvarez de Toledo, lectura hagiográfica.

ABSTRACT

In this work we study the academic eulogy of Gabriel Álvarez de Toledo (Manuel de Villegas Piñateli) for the Real Academia Española in 1736: origin, possible sources, the verifiable data, the rhetorical elaboration and the biographical construction as a Christian scholar. Subsequently, we contrast it with the biographical sketch that Torres Villarroel made for his edition of the poetic works of the Sevillian author in 1744.

KEYWORDS

Biography, Real Academia Española, 18th Century, Gabriel Álvarez de Toledo, hagiographic lecture.

Recibido: 11 de marzo de 2024. *Aceptado:* 23 de marzo de 2024.

Este trabajo se ha realizado en el marco del proyecto de investigación *Biografías y polémicas: hacia la institucionalización de la literatura y el autor (SILEM II)*, RTI2018-095664-B-C21 del Plan Estatal de I+D+i.

La figura de Gabriel Álvarez de Toledo (Sevilla, 1662–Madrid, 1714) se ha erigido sobre una base de erudición y devoción religiosas, inclinación a la ciencia moderna de los novatores y propensión a la práctica poética diletante, entre cuyos más destacados hitos se hallan el haber sido miembro fundador de la Real Academia Española y la escritura de la *Historia de la Iglesia y del mundo* (1713).

Conocemos suficientemente su ascendencia por línea materna y no tanto de la paterna (Oliver, 1995; especialmente, págs. 81-83); de ambas, me interesan dos datos: su padre era portugués, lo que probablemente contribuyera a su extensa red de relaciones sociales en esta tierra (Martín-Puya, 2022), y era nieto (por vía materna) del cronista José Pellicer. Sabemos que su trayectoria estuvo muy vinculada a José de Solís y Valderrábano, I duque de Montellano (Jiménez Belmonte, 2012). Varios investigadores han indagado en sus conexiones y apertura a las nuevas teorías científicas (Hill, 2000; Pérez Magallón, 2001 y 2002) y han estudiado la polémica suscitada por la aparición de la *Historia de la Iglesia y del mundo* (Ceñal, 1945; González Ollé, 1992), obra que recientemente ha sido descrita como:

una historia de la creación y explicación del *Génesis* bajo la evidencia de las nuevas ideas, especialmente en las notas donde don Gabriel ilustra su discurso principal y donde vemos desfilar a Maignan, a Schneider, al microscopio, a los simples y a los mixtos y todo el inventario de términos que manejaba la vanguardia de las nuevas ideas (García López y García Santo-Tomás, 2021: 9-10).

Contamos con estudios dedicados a sus redes de sociabilidad, su obra poética y su perfil autorial (Garau, 1991, 1994 y 2013; Jiménez Belmonte, 2015a y 2015b; Martín-Puya, 2017), e incluso de las condiciones materiales de la impresión póstuma de sus versos (Galbarro García, 2009), y disponemos de una edición reciente de su inacabado poema épico y burlesco, la *Burromaquia* (Bonilla Cerezo y Luján Atienza, 2013: 149-197).

Aún ignoramos, no obstante, muchos datos de su vida (en especial, de la anterior a la llegada de Montellano a Sevilla) y, en cierto sentido, la imagen que pervive proviene en buena medida de tres textos: el prólogo de Torres Villarroel a las *Obras póstumas poéticas, con la Burrumaquia* (Álvarez de Toledo, 1744),

y el «Bosquejo histórico-crítico de la poesía castellana en el siglo XVIII» y las «Noticias biográficas y juicios críticos» sobre Álvarez de Toledo, de Leopoldo Augusto de Cueto (1869: i-ccxxxvii y 1-5),¹ que bebió del anterior.

Sin embargo, proveniente de un contexto distinto, se conserva una semblanza biográfica anterior a las noticias de Torres, que, si bien no cubre los espacios en blanco, supone un paso previo en la *mistificación* de la vida de Gabriel Álvarez de Toledo y aporta algunos datos puntuales. Me refiero al elogio que se leyó en el marco de la Real Academia Española en 1736, redactado por Manuel de Villegas Piñateli y que se custodia en esta institución. Su análisis constituye el núcleo de este trabajo, y nos permitirá afrontar una comparación con las noticias de Torres Villarroel para descubrir concomitancias y divergencias entre ambas producciones. Además del interés que ambos textos tienen como discursos adecuados a un género biográfico en construcción y en relación con su propio contexto de escritura, su cotejo puede revelar la funcionalidad retórica de ciertos pasajes y afirmaciones cuya veracidad habría, cuando menos, que abordar con cautela.

Germen y contexto del elogio académico

Gabriel Álvarez de Toledo falleció el 17 de enero de 1714. El día 25 del mismo mes se da noticia de su muerte en la sesión de la Real Academia Española, tal como recoge el acta correspondiente. Transcurridos veintidós años, en la sesión del 28 de febrero de 1736, se distribuye la realización de elogios fúnebres dedicados a los académicos difuntos desde el nacimiento de la Academia, y el de Álvarez de Toledo se encarga a Manuel Villegas Piñateli. La lectura del mismo tiene lugar en la junta del 17 de mayo, tras lo cual el texto se entrega al secretario y se incorpora a los archivos documentales de la institución, donde se conserva en la actualidad (ARAE, F1-2-1-6-1-1).²

Tanto por el marco académico en que se inscribe como por tratarse del primer texto biográfico que conocemos del erudito y poeta sevillano, es indudable el interés de este discurso. Si bien aporta pocos datos novedosos, ofrece una clara lectura encomiástica como *sabio cristiano* (San José Eguía, 2007), en clave próxima al modelo hagiográfico. La edad madura de Álvarez de Toledo se hace girar en torno a la sabiduría, entendida esta en su vertiente piadosa, como vía de

¹ A estos textos remitía Garau en 1991, y en cierto sentido perviven hoy día algunos aspectos de la imagen que proyectan.

² En la página web de la Academia, se indica que el autor fue Manuel de Villegas y Oyarvide, quien asciende a numerario con posterioridad al encargo (el 6 de marzo). En cualquier caso, es el padre, Villegas Piñateli, quien figura como encargado del elogio en el *Diccionario de Autoridades* (RAE, 1739: 9r).

acercamiento a Dios (y de preparación del alma para la muerte); la sacrificada dedicación al estudio, la prodigiosa erudición en materia sagrada y destacadas virtudes (su proceder humilde y caritativo y su vida austera) serán los ejes en torno a los cuales se articule el discurso tras un doble desengaño, con que adquiere consciencia de la pérdida de sus talentos en una juventud cuando no disoluta, sí ociosa, y se *desnuda del hombre viejo* para purificarse y mudar de costumbres.

Su autor, Manuel Villegas Piñateli, militar gallego que ostentó cargos como el de secretario del rey y el de capitán general del Reino de Galicia, había ingresado en la Academia en noviembre de 1714, meses después del fallecimiento de Álvarez de Toledo. La única conexión previa que he podido establecer entre ambos académicos es el poema «Al traductor del Cathecismo de Montpellier» (BNE, ms. 1581, págs. 85-86), con que Álvarez de Toledo criticaba a Villegas Piñateli, traductor de la obra de François-Aimé Pouget.³ Para Jiménez Belmonte, el sevillano lo «acusaba de molinosismo» (2015a: 96); no obstante, considero que pudiera ser una composición académica escrita a manera de vejamen, en que la polisemia del término se emplee para tildarlo de mal traductor, deseoso de publicar y pesado, y el molinosismo aparezca, como cierre del poema, por la ocasión para el juego ingenioso («mas no serán desatinos / que recelen los ladinos / que el que muele a todas manos / mezcle a los dogmas cristianos / la doctrina de Molinos», vv. 36-40). En favor del marco de sociabilidad cortesana apunta la *introducción a poeta* (v. 3) del traductor.

Además de la mencionada, Villegas Piñateli publicó otras dos obras: *Historia de Moscovia y vida de sus czares* (Madrid, Convento de la Merced, 1736), en dos tomos, y la traducción del *Tratado de la elección y método de los estudios*, de Claude Fleury (Madrid, Francisco del Hierro, 1717).

En tanto que el *Elogio* surge dos décadas después de la muerte del homenajeado, resulta lógico pensar que Villegas Piñateli consultara a académicos más cercanos a Álvarez de Toledo y que su redacción se viera condicionada por la presencia de los mismos entre el auditorio; en especial, de José de Solís y Gante, III duque de Montellano, nieto del que fuera protector del poeta andaluz (Jiménez Belmonte, 2012; Martín-Puya, 2017 y 2022) y unido a él por un fuerte vínculo desde la infancia. Ambos nobles, el académico y su abuelo, son mencionados en el texto, en que adquieren un papel relevante.

³Se trata de *Instrucciones generales en forma de catecismo. Donde se explica en compendio por la Sagrada Escritura y la tradición, la historia y los misterios de la religión cristiana, los sacramentos, las ceremonias y los usos de la Iglesia*, 3 vols. (Madrid, Antonio González de Reyes, 1710). Los censores son dos de los académicos fundadores de la RAE, José Casani y Juan de Ferreras. La obra original y su traducción fueron incluidas en el índice de libros prohibidos de la Inquisición en 1727. El trabajo de Villegas Piñateli fue duramente criticado en la nueva traducción de la obra realizada por Francisco Antonio de Escartín y Carrera (Pouget, 1784: xxvi-xxx).

Análisis del elogio académico⁴

El *elogio fúnebre* de Álvarez de Toledo consta de 6 hojas manuscritas en cuarto, de las que el texto ocupa 11 páginas, dividido en 16 párrafos.

En el *exordio* se plantean, con destacadas autoridades, los elementos ideológico-conceptuales sobre los que se sustenta el discurso encomiástico de la *vita beata* de Álvarez de Toledo, fundado sobre el desengaño feliz y la dedicación a una madurez contemplativa y de estudio, de saber y de virtud. En los dos primeros párrafos, antes de mencionar al elogiado, el autor predispone a sus oyentes para asumir una serie de «verdades» autorizadas por Aristóteles,⁵ Horacio y san Juan Crisóstomo. En primer lugar, nos sitúa en la estela de una «sabiduría sólida», que requiere, al decir del griego, «naturaleza, doctrina y ejercitación». Rápidamente se añade a esto la fuerza de la inclinación hecha costumbre y la dificultad de enderezar el trayecto, tema que se continúa con la cadena de metáforas relativas al cultivo, la educación y el carácter milagroso y divino de la ruptura del camino trazado por la propia naturaleza.

Decía Aristóteles que para adquirir una sabiduría sólida eran necesarias tres cosas: la naturaleza, la doctrina y la ejercitación; porque, sin ellas, aun en las cosas menores, se trabajaría en vano. Es la costumbre⁶ tan poderosa, si ha echado hondas raíces, que el apartarse de seguirla cuando no ha encaminado a lo ilícito y torcer la fuerza de su inclinación, más que a prodigio de la naturaleza, se debe atribuir a milagro de la gracia. Por esto decía Horacio que, aunque la horca se arrimase al árbol para enderezarle, siempre conservaba el vicio.

Las plantas en el huerto, cuando no tienen el cultivo, si dan abundancia de flores, por lo común se ven desnudas de frutos, y toda su lozanía se desvanece con el más leve cierzo. Los árboles silvestres, con el castigo de la mano, admiten el injerto y dan la fruta delicada y con sazón. El caballo se aliciona con la espuela y la vara, y sirve para el uso y conveniencia del hombre. Aun los más indóciles brutos se domestican con la enseñanza. Pero, cuando la naturaleza ha corrido libre a su inclinación, el vencerla estando en su mayor vigor es obra de superior influjo; por

⁴ Aunque el texto puede consultarse en la [Biblioteca de Biografías de SILEM](#) y, con leves correcciones, en anexo al final de este artículo, lo reproduzco al hilo del análisis, para facilitar su seguimiento y comprensión.

⁵ Es curioso que el elogio comience mencionando a Aristóteles, filósofo identificado, en el XVIII, con el escolasticismo y la resistencia a las ideas de los *novatores*, con que se vincula habitualmente a Álvarez de Toledo —y su *Historia de la Iglesia y del mundo* (1713), obra contra la que Palanco dirige el término y sus ataques «en primera instancia» (García López y García Santo-Tomás, 2021: 9)—. Pueden verse, entre otros, los trabajos de Ruth Ann Hill (2000) y Pérez Magallón (2001 y 2002).

⁶ El término «costumbre» apela, además de al hábito adquirido y prolongado, a la inclinación natural del sujeto ('genio o natural', 'inclinación y calidad', *Autoridades*).

lo cual era de sentir el Crisóstomo que cuando se ejecutaba algo que superase la naturaleza, de suerte que incluyese en sí lo honesto y lo útil, era claro que se hacía por cierta virtud y asistencia divinas. De esto nos da manifiesto testimonio nuestro insigne académico don Gabriel Álvarez de Toledo y Pellicer, cuyo elogio, si se fio a mi cortedad, era digno de la más delicada pluma (1r).

Sobre las afirmaciones del filósofo griego y del poeta latino se fundamenta la tesis de la excepcionalidad de Álvarez de Toledo, que se vincula con la intercesión divina («milagro de la gracia»). Así lo vemos en la alusión a los requisitos para la «sabiduría», similares o identificables en Aristóteles con los caminos de la virtud: «Los hombres, según se dice, se hacen y son virtuosos ya por naturaleza, ya por hábito, ya mediante la educación» (*Moral a Nicómano*, libro X, «Importancia de las teorías y de la práctica»)⁷. Lo cierto es que Aristóteles insiste en esto en varios pasajes de sus obras. En la *Ética a Nicómano* anota lo siguiente:

El llegar a ser buenos piensan algunos que es obra de la naturaleza, otros que del hábito, otros que de la instrucción. En cuanto a la naturaleza, es evidente que no está en nuestras manos, sino que por alguna causa divina solo la poseen los verdaderamente afortunados; el razonamiento y la instrucción quizás no tienen fuerza en todos los casos, sino que requieren que, como la tierra destinada a alimentar la semilla, el alma del discípulo haya sido modelada previamente por los hábitos de modo que se deleite y aborrezca debidamente, pues el que vive según sus pasiones no prestará oídos a la razón que intente disuadirle, ni aun la comprenderá, y al que tiene esta disposición, ¿cómo persuadirlo para que cambie? En general, la pasión no parece ceder ante el razonamiento, sino ante la fuerza. Es preciso, por tanto, que el carácter sea de antemano apropiado de alguna manera para la virtud, y ame lo noble y rehuya lo vergonzoso (en Calvo Martínez, 2003: 16).

Como nada se puede hacer respecto a la naturaleza, cuya causa es divina *divina*, «la educación comienza por la formación de los hábitos», que después han de ser reforzados «por medio de la razón», entendida esta como instrucción (Calvo Martínez, 2003: 16); vendría a ser, por tanto, a lo que Villegas Piñateli alude como «doctrina».

Por su parte, la contraposición de la gracia (el milagro, el don divino) a los prodigios de la naturaleza recuerda a la teoría de la iluminación de san Agustín:

⁷ Conviene recordar que la sabiduría y la virtud están asociadas en el pensamiento aristotélico, puesto que la «sabiduría solo se aplica a lo eterno y a lo divino» y es, por sí misma, una virtud (*La gran moral*, libro I, cap. XXXII, «De la razón»).

la divinidad guía en el camino hacia la vida recta y verdadera sabiduría; de ahí que quien, como se afirmará después, se había dejado llevar de la naturaleza y había adquirido malas costumbres, pudiera alcanzar una completa mudanza (por influencia de Montellano e intercesión de un religioso). Precisamente, la obra de san Agustín será mencionada más adelante como prueba de la sabiduría del biografiado, pues se le consultaba sobre la *Ciudad de Dios*. La alusión a Horacio –«Por esto decía Horacio que, aunque la horca se arrimase al árbol para enderezarle, siempre conservaba el vicio»⁸ no hace sino reforzar la tesis de la intercesión divina (y la de la buena *disposición natural* del académico), puesto que se va a presentar a Gabriel Álvarez de Toledo como libre de todo vicio tras su desengaño. Si por un lado se alude a su natural ingenio, por otro se remitirá a la necesidad de esa guía hacia el buen camino.

En el párrafo siguiente, se suceden ejemplos de la necesidad de cultura/doctrina: plantas del huerto, con flores y desnudas de frutos (la demasiada atención al adorno y lo ocioso provoca el desperdicio de la juventud); árboles silvestres, que admiten cultivo, y caballos amaestrados «para el uso y conveniencia del hombre». El concepto de educación que se presenta *violenta la naturaleza*: «el castigo de la mano», «la espuela y la vara», y «Aun los más indóciles brutos se domestican con la enseñanza». Sin embargo, la educación corresponde a la mocedad, y, por eso, de nuevo se insiste en el «superior influjo», la «virtud y asistencia divinas» para la transformación de Álvarez de Toledo, a quien, ahora sí, directamente se le atribuye esa intercesión de la gracia, de la que es «manifiesto testimonio». Para ello se recurre a una autoridad religiosa, san Juan Crisóstomo, quien, en el sermón IX *In Genesim*, afirma que «la maldad y la virtud no proceden de la naturaleza, sino del designio» (en Delgado Jara, 2002: 169), entendiendo por tal *designio* la *voluntad*. Como ha señalado Abengochea (1961: 357), «La pugna de los apetitos contra la voluntad [...] es de tal modo fuerte y constante» que la hacen «tambalearse ante sus embates y desfallecer, al fin, en tan continuada lucha, si no echa mano de los auxilios sobrenaturales», por lo que «la oración, la piedad y la búsqueda constante de estos auxilios sobrenaturales de la Gracia, [Crisóstomo] los considera imprescindibles para fortalecer y

⁸ «Naturam expellas furca, tamen usque recurret / et mala perrumpet furtim fastidia victrix» («Podrás echar a la naturaleza a horconadas, que volverá, / furtivamente romperá los tontos desdenes y vencerá», *Epístolas*, libro I, 10, vv. 24-25; cito por Horacio, 1996: 406-407). El pasaje horaciano no parece corresponderse con el sentido que le atribuye Villegas Piñateli, puesto que en esta epístola se ofrece una imagen positiva de la naturaleza por parte de un sujeto lírico «amante del campo» (v. 2, pág. 405). Como muestra, los dos versos anteriores a los citados: «nemper inter varias silva columnas / laudaturque domus longos quae prospicit agros» («El colmo: se cría un bosque entre exóticas columnatas / y se alaba una casa que tiene vistas a lejanos campos», vv. 22-23, págs. 406-407).

perfeccionar la voluntad y hacerla verdaderamente señora de la vida psíquica y pasional».⁹

Cabe señalar, además, que, en *De la vanagloria*, san Juan Crisóstomo insiste en la necesidad de que los padres eduquen el alma de sus hijos desde la infancia, para hacer de ellos buenos cristianos,¹⁰ lo que podemos conectar con la responsabilidad (*culpa*) que Villegas Piñateli atribuye al padre de Álvarez de Toledo en el desaprovechamiento de sus primeras décadas, como veremos. Con estas bases conceptuales asentadas, en el párrafo tercero se inicia la biografía (construida como demostración de la tesis apuntada: la ejemplar transformación del homenajeado *por gracia divina*) aludiendo a su nacimiento y con somera indicación de su ilustre ascendencia, personificada en la figura de su padre, del que nada se menciona salvo un elocuente descuido:

Nació en Sevilla por los años de 1662 de padre más ilustre¹¹ que cuidadoso, pues no empleó la diligencia que era natural en la crianza de sus hijos,¹² que, a mediana que hubiera sido, se conocerían los efectos, porque eran preciosos los metales de sus ingenios. Era el de nuestro don Gabriel singular, y, al paso que corría libre y sin escuela, se veían en él unos quilates que daban bastante materia a lamentar la pérdida de la ocasión y del tiempo en una ciudad que, si por lo grande es arriesgada a la juventud, es también acomodada por sus escuelas y concurso al cultivo de los muchos ingenios que produce.

Con esta desgracia pasó su mocedad, mezclando con los desórdenes de su libertad muchas agudezas de su genio, haciéndose a un mismo tiempo reparable y apetecido. Todos los frutos que producía esta planta eran unas prontitudes hijas de su viveza, limitándose sus conocimientos con la carencia de los principios, y corriendo el discurso libre y sin la estrechez y límites de las reglas. A la edad de treinta años no había estudiado gramática; conque se hacen más prodigiosos sus progresos considerado el desperdicio de la edad propia a adquirir los rudimentos del saber.

Se ahorra Villegas los acostumbrados detalles sobre la progenie del biografiado. Podría haber escogido, en un marco de erudición, referir su parentesco

⁹Sobre la educación cristiana promulgada por Crisóstomo, véase Estévez López (2013).

¹⁰Según la doctrina de Crisóstomo, el padre «debe ir alimentando su inteligencia con doctrina sana y formando su voluntad y sus sentimientos con los ejemplos de la Sagrada Escritura y la narración de las vidas de aquellos que, en cualquier orden, sobresalieron en la virtud» (Abengochea, 1961: 345).

¹¹Francisco Álvarez de Toledo (1612-1690), nacido en Braganza, era caballero de la Orden de Calatrava y fue miembro del Consejo de Hacienda. Véase Oliver (1995: 81-82).

¹²Entre ellos, Ignacio Álvarez Pellicer, caballero de Santiago y marqués de Salmerón, que publicó algunos poemas en pliegos (a veces erróneamente atribuidos a su hermano Gabriel).

con el polígrafo José Pellicer,¹³ como haría Torres; no obstante, en aras de una lectura en clave doctrinal, con visos de hagiografía, y en consonancia con los párrafos precedentes, se limita a censurar el descuido de la educación del joven Gabriel y sus hermanos —conecta esta idea, como adelantábamos, con la obra de Crisóstomo en que se resalta la obligación de los progenitores respecto a la formación moral, religiosa, de las *almas* de sus hijos desde los primeros años de vida—. Con metáfora metalúrgica establece y destaca las dotes naturales («eran preciosos los metales», «se veían en él unos quilates»), que brillan pese a la carencia de doctrina, ejercicio y buenas costumbres y, en el párrafo siguiente, a los «desórdenes de su libertad». Así pues, el lamento por el «desperdicio» de los años mozos (esa «desgracia», fruto de la negligencia del padre) se construye para encarecer las disposiciones naturales del biografiado (a pesar de ello, dio «frutos» por las «agudezas de su genio» y las «prontitudes hijas de su viveza»), pero también como feliz recurso para enaltecer sus logros posteriores, «más prodigiosos» al partir de esta *dejadez* durante infancia y juventud. Una «planta» que, si hubiera sido cultivada apropiadamente y conforme a su naturaleza, habría madurado portentosamente, lo hará, no obstante, gracias a una *transformación de vida* (un *desengaño* de su vida pasada), en la que van a resultar determinantes dos figuras: Montellano y un clérigo.

Por más que sea una obviedad, cabe recordar aquí cómo, en tanto que discurso encomiástico y narración retórica de una vida (con lo que implica de producción, interpretación y búsqueda de sentido), no podemos dar crédito a todas las afirmaciones del elogio. Así, por ejemplo, al menos hay que abordar con mucha precaución la posibilidad de que a los treinta años Álvarez de Toledo *no hubiera estudiado gramática*, con que parece referirse Villegas Piñateli al ‘estudio de la lengua latina’ (*Autoridades*). Es razonable pensar que este no es sino un *adorno* o licencia retórica del orador, a juzgar por el dato que apunta Antonio Ruiz Pérez (2011-2012: 298; 2012: 11), según el cual Gabriel Álvarez Pellicer de Toledo¹⁴ habría expurgado una obra latina de la biblioteca del Convento del

¹³ Para la biografía de Pellicer, véase Ponce Cárdenas (2012). Diversos trabajos recientes arrojan luz sobre su faceta como comentarista gongorino y sus relaciones con otros agentes del campo de su tiempo (Galbarro García, 2021; Usunáriz Iribertegui, 2019; Redruello Vidal, 2023; Arredondo, 2016). De él ha dicho Soria Mesa (2004: 25) que fue «seguramente el más prolífico autor genealógico español de todos los tiempos, enriquecido gracias a la facilidad de su pluma, a su genialidad a la hora de descubrir remotos enlaces y desvelar oscuros parentescos, si bien en muchas ocasiones la precipitación le llevó a cometer excesivos errores».

¹⁴ Como se sabe, los apellidos de nacimiento del académico eran Álvarez y Pellicer, pero alargaron el primero para medrar, como ha explicado Soria Mesa (2020: 275-276), quien, entre los «cientos de Álvarez que pasaron a llamarse Álvarez de Toledo» en busca del ascenso social, refiere el caso de la familia del sevillano: «Así lo hicieron unos Álvarez portugueses, de sabe Dios qué origen social, los cuales asentados en Castilla desde su Braganza natal lograron cierto encumbramiento a mediados del siglo xvii, fechas en las que no casualmente emparentaron con el famoso genealogista don José Pellicer de Tovar [...] Convertido en don

Pópulo en 1681 (a la edad de 19 años, y cinco antes del nombramiento de Montellano como asistente), como comisionado de la Inquisición.¹⁵ Anteriormente, en 1668, según recoge Oliver (1995: 81) basándose en Salazar y Castro (RAH, Salazar, B-32), habría sido paje de Juan José de Austria.

Retomando el texto, se alude a continuación a la llegada de Montellano a Sevilla:

La fortuna le trajo a Sevilla al conde de Montellano por asistente,¹⁶ caballero tan elevado que, donde quiera que hacía asiento, era su casa una patente academia de la discreción.¹⁷ Esta general licencia¹⁸ le condujo a ser concurrente y a desengañarse de la pérdida de sus talentos. Pero, aunque la conocía por la experiencia, el haber corrido libre y malgrado lo mejor de su edad le servían de rémora para no resolverse a negociar con el trabajo alguna parte de lo perdido.

El amable genio de nuestro don Gabriel le dio entrada en el cariño del conde, que desde entonces se le profesó hasta la muerte (que, cuando las amistades son de corazón, tienen término en las aras). Encargósele de la Corte que pasase a Cádiz,¹⁹ a un negocio que pedía algún tiempo; y parece que el cielo previno este viaje para la resurrección de don Gabriel, porque, pasando en su compañía, la hizo en aquella ciudad con un religioso igualmente virtuoso que docto, con cuya dulce conversación y trato, quedó persuadido a empezar a vivir, buscando a Dios y a los libros para emplearse en uno y otro.

Francisco Álvarez de Toledo quien era hijo de Francisco Álvarez y Blanca Méndez, consiguió –imagino que dinero mediante– un hábito de Calatrava en 1675, formando parte ya del Consejo de Hacienda. La jugada triunfó y su hija doña Melchora Álvarez de Toledo y Pellicer fue madre de don Alonso Francisco Velázquez, caballero de Calatrava y primer marqués de Velloso († 1721)». Considérese lo bien que funcionó la estrategia y recuérdese que Galbarro García (2009: 220) ha apuntado que Torres Villarroel pudo editar las *Obras póstumas*, con la *Burrumaquia* como parte de su intento de agradar a la duquesa de Alba, María Teresa Álvarez de Toledo.

¹⁵ He de señalar, también, que, en un ejemplar de *Malleus maleficarum, maleficas et earum haeresin framea contereus* (Lyon, Claudi Landry, 1620), conservado en la Biblioteca Complutense de Madrid, figura como poseedor, con fecha de 1680, «Gabriel Álvarez Pellicer de Toledo».

¹⁶ Referirse a José Solís y Valderrábano como conde no supone un error; Villegas Piñateli lo denomina según el título que ostentaba cuando fue nombrado asistente de Sevilla, en 1687. El ducado de Montellano se le concede en 1705.

¹⁷ A esta academia debió de asistir también otro de los fundadores de la RAE, Antonio Dongo Barnuevo, que participó en las publicaciones colectivas auspiciadas por Montellano en esta época (Martín-Puya, 2017).

¹⁸ El término «licencia» parece que se emplea como ‘docta academia’, en relación con *licencia de artes* (‘Se llama en la Universidad de Alcalá la junta particular de los sujetos que [...] examinan a los bachilleres de ella y, hallándolos hábiles, forman el rútolu o graduación prelativa con que han de tomar el grado de licenciado’, *Aut.*) y *licencia o claustro de licencias* (similar, pero en las facultades de Teología y Medicina), con lo que connota de reunión de maestros y de formación. De tal modo, al calificarla como «general» podría ser como academia de todos los saberes.

¹⁹ Montellano realizó estancias en Cádiz en 1693 (2 meses), 1694 (75 meses) y 1695-1696 (3 meses) como presidente de la Casa de Contratación (Díaz Blanco, 2017: 42).

La frecuentación de la academia de Montellano es aludida como causa del *desengaño* «de la pérdida de sus talentos». No obstante, esta *experiencia* no basta para que se produzca la transformación en el joven poeta (sus hábitos se lo impiden), sino que será el trato con un religioso el factor decisivo para su *conversión* (para que se produzca esa «gracia», ese «milagro» que se apuntaba en el exordio). La figura de Solís y Valderrábano, ampliamente elogiada, es cauce para el arrepentimiento inicial y cauce para el determinante encuentro, para la epifanía.²⁰ Se produce, entonces, una purgación («desnudarse del hombre viejo») y conversión espiritual (mística) del biografiado, cuyo afán estudioso se presenta imbuido de una piedad beatífica (su propio ascenso al Carmelo), de tal modo que en poco tiempo domina las lenguas clásicas y las principales románicas y se convierte en un erudito y una autoridad en materia teológica: se le consultan los «lugares dificultosos» de las Escrituras y se solicita su aprobación de la traducción francesa de la obra de sor María de Jesús de Ágreda:

Lo primero que hizo fue desnudarse del hombre viejo,²¹ que es el principio del saber,²² y desde entonces se dedicó a estudiar, sacando a la gramática aquella médula necesaria para entero conocimiento de los más difíciles libros; pasando después a practicarlos con la lengua griega, de que tuvo igual noticia; y estas dos empresas y el imponerse en algún conocimiento de la hebrea fueron trabajo en que consumió escasos dos años. La inteligencia de estas lenguas le facilitó el hacerse en breve muy dueño de la francesa, italiana y portuguesa, en las cuales le eran los libros tan familiares como si estuvieran escritos en el idioma nativo; de tal suerte que se le preguntaban los lugares dificultosos, y se echó mano de su inteligencia para la confrontación de los libros de la *Mística ciudad de Dios*,²³ que tradujo en lengua francesa el padre Croset, religioso francisco recoleto, natural de Aviñón, que a este fin vino a Madrid el año de 1708, y dio en ellos su aprobación nuestro académico.²⁴

²⁰ Nótese la semejanza de este pasaje con una frase de Casani en las exequias de Fernández Pacheco: «En sus libros, en su retiro y en Dios hallaba el marqués consuelo» (Casani, 1725: 35); y aún más: «Había leído del rey don Alonso el Sabio que, como el alma es eterna, solo halla verdadera satisfacción en el conocimiento de la eterna sabiduría, de quien nació y a quien vuelve por el conocimiento».

²¹ Doctrina paulista (Efesios, 4: 22-24) seguida por san Juan de la Cruz en *Subida al Monte Carmelo* y *Noche oscura*.

²² Se comprueba aquí que Villegas Piñateli emplea los términos «saber» y «sabiduría» en un sentido religioso, como vía hacia Dios.

²³ Se trata de *Mística ciudad de Dios, milagro de su omnipotencia y abismo de la gracia, historia divina y vida de la Virgen madre de Dios, reina y señora nuestra María Santísima, restauradora de la culpa de Eva y medianera de la Gracia...*, en tres tomos, de sor María de Jesús de Ágreda.

²⁴ El primer tomo traducido por Thomas Croset (o Crozet) había sido publicado en Marsella en 1695. La edición completa, en tres tomos, se publicó en 1715 (Bruselas, Francisco Foppens) y lleva aprobaciones, entre otros, de José Casani (fechaada en Madrid el 8 de julio de 1709) y de Gabriel Álvarez de Toledo (Madrid, 30

A partir de aquí, se ensalza la dedicación absoluta al estudio y a labores oficiales y graves, y se pinta a Álvarez de Toledo como hombre alejado del mundo, dechado de humildad y retirado de toda actividad ociosa o deleitable: en sus funciones oficiales *cumple* (eso sí, con cuidado y diligencia), pero lo que de verdad le interesa son «sus apetecidos adelantamientos» (de erudición y espirituales), y «partiendo con Dios y con los libros, *adelantaba su virtud* y salía *maestro* en la filosofía y *singular* en la historia eclesiástica». De una mocedad desperdiciada se ha pasado a una madurez en que todo propósito es el aprovechamiento, a costa del sacrificio del descanso. A esto se unen la humildad (se siente indigno del hábito de Alcántara), la austeridad en el vestir y el descuido de la propia imagen, de tal modo que solo Montellano podía lograr, mandándoselo, que «se pusiese un vestido que le distinguiese de un hombre desvalido y lastimosamente pobre», lo que condice con el destino de sus ganancias para limosnas (caridad) y, si acaso algo quedaba, libros. Complementariamente, se representa el *olvidarse del cuerpo* para *acordarse del alma*.

De 1708, fecha en que Croset habría estado en Madrid, el panegirista nos lleva al periodo 1696-1699, en que Solís y Valderrábano fue virrey de Cerdeña:

Pasó el conde al virreinato de Cerdeña y le llevó por su secretario, afianzando en su juicio el acierto del empleo (que, aunque el conde era tan hecho y sabio, bien conocía que el secretario, que es el instrumento del obrar, debe ser tan diestro como el que dicta, para que salgan con perfección y consonancia las resoluciones). En aquella isla se empezó a dar a conocer a los eruditos que la habitaban, pero mucho más se señalaba en la virtud, pues la cimentó con tanta humildad y tan honda caridad que de nadie juzgaba mal, ni se persuadía a él; de tal suerte que, en este y los demás empleos que tuvo el conde, cuando se trataba de castigar delito o corregir algún exceso, se había de practicar por otro conducto distinto, porque en su boca y dictamen salía siempre libre el culpado, y aun canonizado de sus razones.

Se revela ahora su sociabilidad y el *darse a conocer* de su intelecto y erudición (entre los eruditos de la Corte virreinal), mas se pondera especialmente la «virtud». Tras su *desengaño* y *conversión*, son apreciables su humildad y caridad. Al paso de la trayectoria biográfica del sevillano, Villegas Piñateli alterna el elogio de su sabiduría y desempeño en sus cargos con el superior de sus virtudes espirituales. Montellano comparte sus logros con Álvarez de Toledo, que asciende

de junio de 1709); la de este, brevísima y protocolaria. El sevillano figura como «Monsr. Don Gabriel Álvarez de Toledo, examinateur nommé par le Conseil Roial» (Ágreda, 1715: I, 6r). Sobre la traducción de Croset y su polémica recepción, véase Marquán (2020).

a secretario del rey y oficial traductor de la lengua latina; todo gracias al duque («le graduó», «le consiguió»), quien, incluso, «*le puso el hábito de Alcántara*»:²⁵

Los grandes méritos y elevadas prendas del conde le hicieron acreedor a la estimación y confianza del rey nuestro señor, que desde luego que vino a estos reinos se dignó irle elevando a la dignidad de duque y a los empleos de presidente de Castilla, de Órdenes y la Junta del Gabinete. Pero, como don Gabriel estaba tan dentro de su estimación, quiso (aunque sin pretenderlo él) que gozase también de los efectos del favor, y, así, le graduó de secretario del rey, le consiguió la plaza de oficial traductor de la lengua latina en la Secretaría de Estado y le puso el hábito de Alcántara.

Por momentos podríamos dudar si el elogio es al homenajeado o a Montellano (hasta el punto de que, en el párrafo siguiente, estos cargos en la Corte figuran como «empleos del duque»). Además de esta providencial participación (o absoluta determinación) de Solís y Valderrábano en los méritos oficiales de Álvarez de Toledo, lo más destacable del pasaje es que Villegas Piñateli aclara que esos *favores* los alcanzó «sin pretenderlo él»; de quien se acaba de admirar la suma humildad, no podía *pretender* cargos en la Corte. Asimismo, es la *estima* —junto con la consiguiente y sobreentendida generosidad de Montellano— la que consigue a don Gabriel los «efectos del favor», de modo similar a como se plantea que solo por la admiración y el afecto permanecería este junto al duque, y no, pues, aspirando a una mejora de su posición social.

En todos estos empleos del duque cumplió don Gabriel exactamente lo que estaba a su cargo sin que esta tarea le desviase del estudio de sus apetecidos adelantamientos, y, dedicando a la obligación las horas destinadas al trabajo, hurtaba para su aprovechamiento las que a todos concede la naturaleza para el descanso, y, partiendo con Dios y con los libros, adelantaba en la virtud y salía maestro en la filosofía y singular en la historia eclesiástica, en que llegó a merecer tanta reputación que el reverendo padre Daniel Papebrokio [Daniel van Papenbroeck], desde Flandes, le consultaba los puntos más oscuros de las cosas de nuestra España y mantenía con él frecuente correspondencia.

Los empleos que don Gabriel mereció a la piedad del rey nuestro señor hubieran envejecido a otro que no tuviera tan asida la humildad, pero en él estuvieron tan exteriores en el aprecio que solo se veía tenerlos cuando llegaba la ocasión de servirlos. Del hábito se consideraba tan poco merecedor que casi siempre le traía

²⁵ Obtuvo el título en 1703. Se conservan las pruebas para la concesión: AHN, Órdenes Militares, Caballeros de Alcántara, Exp. 65.

escondido, y en su persona gastaba tal deajo que solo la autoridad del duque podía conseguir a preceptos el que se pusiese un vestido que le distinguiese de un hombre desvalido y lastimosamente pobre. Y aunque los empleos pedían esta distinción, todo su producto se distribuía en limosnas y, si quedaba algo, se convertía en libros.

Encontramos en el pasaje un dato novedoso, introducido como ejemplo de su conocimiento y *reputación*: su correspondencia con el bolandista Daniel van Papenbroeck. También como prueba de su crédito «para con los sabios», incluso en lugares distantes de la Corte, se narra después una anécdota que le acaeció en un viaje a Salamanca con «el conde de Saldueña y sus hijos»:

Tenía tanto crédito ya don Gabriel para con los sabios que era conocido aun de los que vivían distantes. Pasando a Salamanca con el conde de Saldueña y sus hijos, fue con el mayor, el marqués de Castelnovo, a un acto que se tenía en escuelas y a que eran convidados, cuya función acabada, salieron a la puerta diferentes maestros a hablar con el marqués y, saliendo también don Gabriel para irse, preguntaron quién era. A [lo] que el padre maestro Pérez, basilio, que le conocía, respondió a los otros: «Este es un caballero que sabe más teología que nosotros». Todo este crédito le había adquirido la continua lección de los libros sagrados, los santos padres y la historia eclesiástica.

El mencionado conde es el hijo de Montellano, Alonso Gregorio de Solís y Osorio, mientras que el marqués de Castelnovo, quien presencia la anécdota, es José de Solís y Gante, III duque de Montellano, académico de la RAE desde julio de 1713 y hasta su muerte, en 1763, y, por lo tanto, cuando Villegas Piñateli redacta y lee el elogio.²⁶ No es casualidad que al hijo de Solís y Gante, Alonso Vicente de Solís Folch de Cardona, dedique Torres Villarroel la edición de las *Obras póstumas poéticas, con la Burrumaquia* (Álvarez de Toledo, 1744), con un texto en el que recuerda el servicio del autor a los dos primeros duques de Montellano²⁷ y la protección y custodia de sus obras por el dedicatario («no se pueden llamar póstumas, porque siempre tuvieron en V. Exc. padre, protector y

²⁶ Considerando el linaje y los títulos de Solís y Gante, habría cabido pensar que el amparo de la Casa de Montellano validara la incorporación de Álvarez de Toledo a la Real Academia; no obstante, bien podría ser al contrario, puesto que parece haber sido el académico que tuvo una relación más próxima con él, pese a que varios de los fundadores y de los primeros que se sumaron al grupo participaron en publicaciones colectivas y preliminares de obras auspiciadas por Solís y Valderrábano y por el propio Solís y Gante (véase Martín-Puya, 2017).

²⁷ «En el tiempo que con la felicidad de la vida tuvo la honra de servir a los excelentísimos abuelo y bisabuelo de vuestra excelencia, empleó todos sus trabajos, tareas, veneraciones y alegría a la grandeza, discreción y como la ciencia de estos dos excelentísimos señores» (2v).

patrono», 3r). La adulación de Villegas Piñateli y de Torres Villarroel a la Casa de Montellano es evidente.²⁸

El basilio al que se alude es fray Miguel Pérez García –«la figura más destacada de la Orden de San Basilio durante el siglo» XVIII (Benito y Durán, 1951: 182)–, nombrado también por Torres Villarroel, que lo incluye entre los eruditos que celebran a Álvarez de Toledo en sus obras (Álvarez de Toledo, 1744: 8r). Catedrático de Filosofía, Teología y Escritura de la Universidad de Salamanca y predicador real, Pérez García publicó el *Tractatus theologico-biblicus ad verba Pauli*, en cuyo primer volumen elogia al sevillano («viro nobilitate & eruditione clarissimo», «prælaudato», «ut erat notitijs sacris & prophanis imbutus») y cuenta cómo le consultaba su opinión sobre algunos pasajes durante la escritura del tratado (1708: 13v).

Probada la erudición de Álvarez de Toledo, se centra el académico panegirista en sus escritos:

Como entró tan tarde a estudiar y tuvo corto el tiempo para saber, fue su cabeza un depósito de noticias que, si tuvieron colocación en el juicio, no permitieron el lugar a la pluma para afianzarlas en el papel; y así, en poco nos dejó mucho que lamentar [que] se hubiese anticipado la parca a cortar el estambre. Al entrar a reinar el rey nuestro señor, le presentó unas reglas breves contenidas en dos hojas de papel, que dan bastante prueba de lo bien instruido que estaba de la moral y de las obligaciones que tiene y lo que debe observar un príncipe prudente y cristianamente político.

En la poesía fue señalado y, como su genio era naturalmente festivo, la casualidad le dio motivos para escribir algunas letras tan sazonadas y agudas que, sin herir con lo penetrante de la sátira ni faltar a la modestia y compostura de sus voces, dejaban al interesado tan risueño como a los que las leían; pero siempre guardó en este género una repugnancia, que solo lo practicaba entre los amigos que le persuadían a ello por tener obras de su talento. Por esta razón dejó de proseguir el poema jocoso de la *Burrumachia*, obra tan hija de su ingenio que, si la hubiera perfeccionado, tendría nuestra nación una pieza que oponer a la *Batrachiomachia* de Homero.

De todas sus obras solo se imprimieron una paráfrasis del miserere y un acto de contrición, que merecieron el universal aplauso; y puede ser que algún día tenga el público todas las poesías de don Gabriel por el cuidado y solicitud del excelen-

²⁸ En el caso de Torres Villarroel, encontramos otra muestra en la aprobación que escribió para *El Pelayo*, poema de Alonso de Solís Folch de Cardona: «El admirable y excelentísimo poema [...] es la pieza más pulida y más bien acabada de las que se admiran en los épicos y líricos de nuestra España» (Solís Folch de Cardona, 1754: ¶ 4).

tísimo señor don José de Solís y Gante, duque de Montellano, nuestro académico, que procura recogerlas. Y muchas de ellas se perdieron con su muerte, porque su cabeza era un depósito de sonetos hechos a diferentes asuntos sagrados y morales, que refería de memoria y pensaba en dejar escritos, siendo tan feliz en esta potencia que, habiéndole pedido de Portugal [que] escribiese al certamen que se hacía a la canonización de san Andrés Avelino, apenas recibió la carta en la Real Biblioteca, se paseó en una sala el término de media hora, y al fin dictó un romance en 60 coplas que, sin tener que enmendar, pasaron a vuelta de correo a Portugal, y fue premiado en el asunto con un antojo.

Si es frecuente en los discursos encomiásticos lamentar que la muerte prive de nuevos trabajos, no lo es tanto que la escasez de impresos provenga de la tardanza en la dedicación al estudio. Entre las obras del bibliotecario real, merecen atención en el discurso las *Breves reglas para gobernar*, la *Burrumaquia*, las poesías devotas y hagiográficas, y, por supuesto, la *Historia de la Iglesia y del mundo*, que supuso su «verdadera consagración», con la que «el sevillano se presentaba como una autoridad moral y religiosa capaz de terciar entre fuerzas renovadoras (en su defensa del atomismo) y la ortodoxia (en su visión más bien contrarreformista de la Iglesia y del mundo)» (Jiménez Belmonte, 2015: 96). Se destaca, pues, la materia de interés público y la histórico-teológica que lo consagra. De la brevedad de las prosaicas reglas se pasa a la poesía, en que «fue señalado». Sutilmente se apunta la noción del *otium* mediante la alusión a su genio festivo, el carácter *risueño* de los versos y la propia actitud de desprecio hacia sus composiciones poéticas. El diletantismo está presente también en la conservación manuscrita y la práctica e intercambio entre amigos, que le confieren un cariz de pasatiempo social. No obsta este desinterés, aparentemente compartido entre el académico celebrado y el panegirista, para que Villegas Piñateli compare una potencial *Burrumaquia*, concluida y perfeccionada, con la *Batracomiomaquia* homérica. Este elogioso parangón se complementa, para la exaltación del genio poético del insigne erudito, con la sorprendente anécdota sobre la composición del romance con que el andaluz fue premiado en el certamen de Lisboa.²⁹ La anécdota cubre varios propósitos: la solitud de su participación redonda en su nombradía y la amplitud de sus redes sociales, en este caso, en Portugal; de otro lado, y lo más destacable, se hace de Álvarez de Toledo un prodigio de ingenio y memoria con inigualable facilidad para componer de repente, y tan conocedor del santo que halla en su mente el material que precisa.

²⁹ «Al maravilloso conocimiento que tenía san Andrés Avelino de los pensamientos ocultos: romance castellano de veinte coplas, escrito a las leyes del certamen de Lisboa, en la canonización del santo, que celebró su religión, y es la postrera obra del autor» (Álvarez de Toledo, 1744: 106-107).

En esta línea, por tanto, se establece el desprecio del autor hacia sus poemas de juventud y los que responden a una práctica social, y una apreciable inclinación a las composiciones de tema moral y religioso, dignas de pasar a las prensas. Es este un aspecto que cuidó el sevillano, cuyas publicaciones poéticas se limitaron a pliegos sueltos adscritos a esta temática (cf. Martín-Puya, 2017), a excepción del romance celebrativo del ascenso al trono de Felipe V.³⁰ Las dos composiciones que apunta Villegas, sea por elección o por desconocer el resto, condicen con la imagen proyectada de *buen cristiano* que se prepara para la muerte.

Montellano, cuyo vínculo con Álvarez de Toledo queda patente y se explota en la lectura biográfica, se presenta también como protector de la obra del poeta y de su memoria tras su muerte, como conservador y recopilador de sus composiciones poéticas. El propósito de la impresión fructificará, como es bien sabido, en manos de Torres Villarroel, quien apunta que ha obtenido los manuscritos en las bibliotecas del III duque de Montellano, José de Solís y Gante, y del III duque de Sotomayor, Félix Fernando Masones de Lima Sotomayor (1684-1767)³¹ (Álvarez de Toledo, 1744: 7v).

Como broche de oro de la trayectoria del erudito se mencionan el cargo de bibliotecario mayor, la participación en el nacimiento de la Real Academia y la publicación, apenas iniciada, de la *Historia de la Iglesia y del mundo*, que hacen coincidir la cumbre y el término de su vida:

El remate de sus premios fue elegirle Su Majestad por bibliotecario mayor en la Real Librería que resolvió fundar para beneficio común; porque obra de este tamaño y de tanto útil pedía unas prendas y talento como el de nuestro don Gabriel, que, por la misma razón, fue nombrado por uno de los primeros fundadores de nuestra Real Academia. Pero uno y otro cuerpo a corto tiempo se vieron privados de este estimable miembro, y el público, de la insigne obra de la *Historia de la Iglesia y del Mundo*, que, para que fuese más sensible la pérdida, nos dejó la muestra en el primer tomo, que dio al público casi al mismo tiempo que la funesta noticia de su muerte, que sucedió el día 17 de enero del año de 1714, a los 52 años de su edad, y cuando empezaban sus trabajos a dejarse ver a los eruditos.

En el último párrafo, recapitulación y cierre encomiástico, se recupera la imagen de *sabio cristiano*: piadoso, caritativo, dechado de erudición, de vida austera y prevenida para la muerte:

³⁰ *Exhórtase a España a que deje el llanto de la muerte del rey nuestro señor D. Carlos Segundo (que goce de Dios) y celebre la venida de su sucesor, el rey nuestro señor D. Felipe Quinto* (Madrid, s.i., 1701)

³¹ La hija del duque de Sotomayor estaba casada con el hijo de Clara de Solís y Gante, hermana del III duque de Montellano (Sousa, 1735-1748: IX, 381).

Murió como vivió, dejando las más seguras pruebas de que descansa en paz, y huérfanos a algunos pobres decentes, porque expiraron sus socorros. Todo su caudal fue una librería, si no exquisita, muy selecta, y algunos ajuares propios del que vive previniéndose para morir. Comenzó tarde a estudiar y murió temprano, pues a detenerse la muerte algunos años dejara el rico tesoro de su erudición; pero como estaba tan prevenido para el fin, se le anticipó, para que gozase el premio de sus virtudes.

Podemos ver, por tanto, cómo Villegas Piñateli construye, para la Real Academia Española, una lectura moralizante de la vida de Gabriel Álvarez de Toledo, en la que destaca la virtud religiosa sobre cualquier otro aspecto (erudición, obra histórico-teológica y, por supuesto, obra poética). La imagen de cristiano ejemplar se ve reforzada por la proyección de su biografía como trayectoria desde una suerte de *caída* (unos inicios en que el pequeño Gabriel —libre de culpa, por negligencia del padre— desaprovecha sus dotes naturales, sin estudios y dedicado a una sociabilidad mundana) a un doble *desengaño*, o una doble *iluminación*, que conduce a una radical transformación espiritual y a una madurez abnegada en el estudio, el perfeccionamiento moral y el acercamiento a Dios. La inicial sugerencia de una intervención divina se personifica a lo largo del discurso en las figuras de Solís y Valderrábano y, especialmente, el religioso al que conoció en Cádiz, cuya intercesión hace posibles la ruptura con la vida pasada y la purificación mística.

Conforme a esta lectura se presentan sus actividades y escritos. La relación de Álvarez de Toledo con la poesía se adscribe en el discurso a los límites del amateurismo, reducida a la práctica social cortesana y presentada fundamentalmente como «*peccata juvenilia*» y, en el caso de las dos pliegos impresos que se mencionan, «desengaños de la vejez» (Jiménez Belmonte, 2012: 85), que ofrecen la imagen cristiana de la preparación para la muerte. La *Burromaquia*, que se inscribe asimismo en un marco académico (el de la Corte virreinal de Cerdeña), merece atención entre todos los poemas manuscritos por su carácter culto y la posibilidad de comparación con el modelo homérico. Refuerza, además, el desapego del autor a sus escritos poéticos —causa que apunta Villegas para que quedara inconcluso—, fruto del ocio, y permite contraponer su actitud a la que demostraba hacia las composiciones de materia sacra, que complementa a su vez su dedicación, trabajosa, seria y provechosa, a la escritura de la *Historia de la Iglesia y del mundo*.

Sus cargos y funciones administrativas se presentan asimismo alineadas con esa proyección biográfica de su madurez, en que su erudición, sus virtudes morales y los *afectos* que se grangea le abren puertas y conducen su ascenso social,

y en que acepta las obligaciones con humildad, sacrificio y trabajo en beneficio del Estado y del bien público, al tiempo que continúa labrándose con esfuerzo su camino de sabiduría y perfección espiritual. Todo el discurso se construye en torno a esa representación encomiástica de una vida cristiana ejemplar, incluidas las anécdotas y descripciones de su carácter, incorporadas para subrayar el genio, la erudición del teólogo y el dominio de su persona por las virtudes de la humildad y la caridad. Así, desde el aserto inicial acerca de lo milagroso de vencer la inclinación y la costumbre, cobra pleno sentido la presentación de una infancia y juventud desperdiciadas para los estudios, que habilita la prodigiosa transformación posterior por intercesión de la ilustre academia del I duque de Montellano y, como es habitual en semblanzas biográficas próximas a la hagiografía, de un religioso.

Del elogio académico a la lectura biográfica de Torres Villarroel

La edición de las *Obras póstumas* de Álvarez de Toledo (1744) ha sido considerada parte de la estrategia de Torres Villarroel para congraciarse con la Casa de Alba (Galbarro García, 2009: 224). No obstante, sabemos que el salmantino «siempre había acariciado la idea de ser miembro de la Academia» (Garau, 2013: 40), como apuntara Mercadier (1981: 274-275). En esta línea podría entenderse la elección del dedicatario, Alonso de Solís Folch de Cardona. Es innegable que la *fama* y fortuna de Gabriel Álvarez de Toledo continuaban ligadas y revertían en los Montellano, lo que se puede apreciar en el prólogo de Torres, y que el probable afecto y la admiración que sintieran por el otrora bibliotecario no habrían estado reñidos con la búsqueda de un capital simbólico al quedar retratados como sus protectores y custodios de sus obras. A estas posibilidades añade Jiménez Belmonte (2015: 98) la que «se le presentaba a un Villarroel acuciado por las purgas de la Inquisición de relacionar su nombre con un devoto erudito “de inalterable conducta”», e incluso la de «parangonarse, en su labor editorial, de construcción del canon poético contemporáneo, con su mayor modelo, Quevedo», editor de fray Luis y el bachiller Francisco de la Torre.

La lectura torresiana de la vida del poeta (Álvarez de Toledo, 1744: fols. 7-10) mantiene estrechas concomitancias con el elogio académico. Desconozco si pudo haber leído este texto, pero sin duda sí compartió con él, al menos parcialmente, las fuentes de información; me refiero, efectivamente, entre otras posibilidades, a los descendientes de Solís y Valderrábano. Pese a las coincidencias entre ambos discursos, el salmantino se aleja en determinados aspectos de la lectura de Villegas y acentúa algunos diferentes.

No me detendré en un análisis pormenorizado de las noticias de Torres, sino que me limitaré a señalar algunas cuestiones de interés, al tratarse de un texto más conocido y estudiado. En primer lugar, en correspondencia con el impreso en que se inscribe esta semblanza, es notoria la mayor atención a la obra poética, que presenta engrasada en la noción de *ocio noble*, como descanso de tareas mayores y práctica, recreativa y desinteresada (en oposición al *comercio con las musas*), en que se descubren «las más escondidas imaginaciones» del *espíritu* de su autor (7r). Sin embargo, no por ello las composiciones poéticas dejan de entenderse como «desperdicios de su fecundidad», lo que, si bien es cierto que recibe aquí una percepción positiva (¿para qué, si no, publicar sus versos?), puede conectarse con el esparcimiento que Villegas Piñateli relacionaba con el *desperdicio* de infancia y juventud. De esta mirada afable a las musas, se desvía el salmantino hacia la consideración de las mismas como «peligrosa amistad», en un pasaje en que afirma que don Gabriel las abandonó a consecuencia de «un felicísimo desengaño», a partir del cual solo las habría tratado de forma ocasional y por «la familiaridad política, la obediencia cortés o el desahogo de las gravísimas tareas que le tenían rodeado el espíritu» (7v); es decir, desde el amateurismo. No en balde, Jiménez Belmonte ha afirmado que «los preliminares de las *Obras póstumas poéticas* de Gabriel Álvarez de Toledo también pueden leerse como otro cuidado retrato del poeta como noble-amateur» (2012: 87).

El desengaño, en el prólogo de Torres, tiene fecha: los treinta años; precisamente, la edad a la que Villegas Piñateli atribuía el desconocimiento de la gramática (del latín). Ahora, sin embargo, este se produce en Sevilla (y no en Cádiz):

A los treinta años de su edad se aprovechó tan de veras de los tremendos avisos de unas misiones que oyó en Sevilla que desde aquel punto empezó a tratar de su muerte y su salvación con increíble perseverancia; pero con una melancolía tan provechosa y un rencor tan irreconocible a las ideas y partidos del mundo, que no solo deliberó aburrir sus inconstancias, peligros y escándalos, sino desesperar también de sus lícitos entretenimientos y de sus indiferencias culpables (7v).

Torres redunda en la construcción elaborada por Villegas Piñateli, pero afirma, además, que «quemó cuantos papeles había trabajado hasta esas edad» (7v), y, por tanto, solo quedan aquellos que estaban fuera de su alcance y que custodiaban el duque de Montellano (Solís y Gante) y el duque de Sotomayor, a los que ya me he referido. A continuación, exalta «el juicio, los talentos, la universalidad en todas ciencias e ideomas [*sic*], y otras particularidades dichas del ingenio y estudio de este venerable autor», que se perciben en su *Historia de la Iglesia y el mundo*, «y en otras obras que guarda la envidiable codicia de sus

apasionados» (7v-8r), para sobrepajar, por encima de todo esto, «la prodigiosa paz de su vida, la inalterable conducta de sus heroicas virtudes y el seguro gobierno con que supo dirigir su conciencia, su ciencia y sus acciones» (8r). De nuevo, sobre la poesía, la prosa y la erudición, y sobre estas, las virtudes y la preparación para la muerte.

Me interesa detenerme brevemente en los tres «doctores y maestros jubilados en Salamanca» a cuyos escritos remite, porque creo que puede resultar de interés conocer los originales a que se refiere el salmantino, que no concreta en su texto. El primer religioso es el mencionado por Villegas Piñateli, el basilio fray Miguel Pérez García, del que ya he concretado obra y elogios. El segundo es fray Manuel Navarro de Céspedes, quien cita en varias ocasiones a Álvarez de Toledo en *Prolegomena de Angelis* (1708). En un pasaje en que afirma deberle al caballero de Alcántara su comprensión de un fragmento de Malebranche, ensalza su varia cultura («viro omni polymathiae genere»), conocimiento de lenguas («secretiorum linguarum occulatissimo interpreti») y muchas virtudes (CCX). Más adelante, señala que Álvarez de Toledo le envió, *per familiares epistolas*, una traducción propia al francés de la traducción latina de Malebranche para que pudiera cotejarlo con el posible sentido original (CCXII). En el *Prolegomenon IV*, para alegar la fe monoteísta de Sócrates, alude nuevamente a Álvarez de Toledo y transcribe unos versos del poema que dedicó a este asunto (CCCI-CCCII): «Habla Sócrates, teniendo en la mano el vaso de cicuta que había de beber, a cuya muerte le condenaron porque burlaba de la multitud de los dioses y decía que no había más que uno» (Álvarez de Toledo, 1744: 47-50).

El tercer maestro al que remite Torres es el mercedario Juan Interián de Ayala, quien, en el tomo I de su *Pictor christianus eruditus* (Madrid, Convento de la Merced, 1730), refiriéndose a cuál era el fruto del árbol prohibido (un higo o una manzana), aprovecha para homenajear al amigo (cito por la traducción de 1782):

El lector prudente y erudito puede ver sobre esta materia a don Gabriel Álvarez de Toledo, caballero de la Orden de Alcántara, varón doctísimo y piadosísimo con quien tuve yo amistad cuando vivía, el cual trata grave y oportunamente esta cuestión en su docta obra de la *Historia de la Iglesia y del mundo*; pues a mí, que me doy prisa para tratar otras cosas, me basta haber insinuado la duda y dado al mismo tiempo este corto honor a las cenizas sepultadas y a la fama que aún vive de este caballero (83).

Anteriormente, en su aprobación a la *Historia de la Iglesia y del mundo*, Interián de Ayala había elogiado la erudición en todas las materias y la humildad

de quien decía que era «uno de los teólogos de primera nota de España» (Álvarez de Toledo, 1713: 6r).

Tras mencionar a estos tres colegas de universidad, inicia Torres la semblanza biográfica propiamente dicha con las notas genealógicas, que llegan hasta los abuelos y se detienen en los maternos (los españoles, José Pellicer y Sebastiana de Ocáriz) para deshacerse en elogios y radicar en ellos las buenas cualidades y la religiosidad del nieto (fol. 8). La infancia se presenta, en este caso, como época feliz y dedicada al estudio correspondiente; de hecho, se afirma que sus padres determinaron «dirigirlo a los estudios de la gramática latina», pero fallecieron y, además del consuelo, a don Gabriel le faltó «la crianza y todos los medios para proseguir la educación de un hombre de bien» (8v). Sustituye el estudio del latín por la dedicación a las musas, se hace conocido por sus versos y disfruta de entretenimientos cortesanos, hasta que el encuentro con un misionero propicia su conversión en una suerte de santo alejado del mundo, dedicado casi exclusivamente a estudiar. La aparición de Montellano aquí se posterga, pero solo para dedicarle un espacio preferente en cuanto a los cargos y la influencia de Álvarez de Toledo en la monarquía. En este punto se aclara: «Desde los principios de su venturosa conversión hasta el día de su envidiable muerte, vivió don Gabriel a las órdenes y protección del Exmo. señor duque de Montellano, habiéndolo recogido en su casa este Exmo. Grande en todas clases» (10r). Se detiene posteriormente a comentar el afecto que le profesan y con que recuerdan los distintos integrantes de la familia, y hasta los criados, a Álvarez de Toledo, antes de pasar revista a algunos de los cargos que el duque y él desempeñaron, para culminar su escrito recogiendo las virtudes de este sabio cristiano que fue «un capuchino entre las profanidades del siglo; un cartujo entre las bachillerías de la Corte; un anacoreta entre las confusiones y estorbos del mundo, y un ejemplar de cómo deben ser todos los virtuosos y sabios» (10v). Como señaló Garau (2013: 39), Torres presenta la vida y obra de Álvarez de Toledo «en tonos hagiográficos», y en esto coincide con Villegas Piñateli.

Conclusiones

Estamos ante dos discursos surgidos en marcos muy diferentes: uno nace en el contexto de la Real Academia Española, como panegírico de uno de sus fundadores, y para su lectura oral ante el selecto auditorio de la institución; el otro, como prólogo de la publicación de la obra poética del biografiado, se crea para una amplia difusión. En ambos textos, la lectura proyectada tiene visos de hagiografía. No se busca la profusión de datos ni ajustarse a la verdad histórica, sino construir una imagen perdurable y positiva para Gabriel Álvarez de Toledo, en-

salzarlo, y, con él, a quienes ocupan un lugar destacado en las producciones: la entidad desde la que se genera el primer discurso y la Casa de Montellano. Para ello, se escoge un esquema que se aproxima al modelo prestigioso disponible para las narraciones de vidas, el de las ejemplares, en un momento en que, como anunciábamos al inicio, el género biográfico se encuentra en construcción.³² La visión piadosa del homenajeado se articula en los dos textos en torno al eje del *desengaño*, por intervención divina, gracia o milagro en el de Villegas, y en ambos escritos por el encuentro con un religioso. Para la eficacia de la lectura, tanto el académico como Torres apuntan la carencia formativa de Álvarez de Toledo, atribuida por aquel a negligencia paterna, y por este, al temprano fallecimiento de los progenitores. Adecuan (manipulan), uno y otro, los elementos biográficos al esquema y la lectura que quieren proyectar. Si las noticias que abren las *Obras póstumas* se antojaban generosamente moduladas para la exageración de una vida adulta de anacoreta, tanto más se podría decir de la primera semblanza, que gira en torno al *milagro*.

En este trabajo he querido poner de relieve ciertos elementos de la construcción retórica de ambos escritos, así como aportar algunos datos de interés, que, si bien tuve en cuenta en trabajos anteriores, recojo aquí contrastivamente para insistir en su condición discursiva como panegíricos, sin un compromiso absoluto con la verdad, lo que debe llevarnos a tratar con cautela algunas afirmaciones que se incorporan al esquema retórico en favor de un efecto persuasivo y una proyección intencionada. Puede ser que algunas provinieran de sus fuentes de información; probablemente la principal fueran los descendientes de Solís y Valderrábano, así como otros académicos cercanos a Álvarez de Toledo, y cabe la posibilidad, también, de que existiera cierto halo de mistificación del escritor propagado oralmente. En cualquier caso, no cabe duda de que la semblanza biográfica de Torres Villarroel condicionó durante mucho tiempo, cuando menos parcialmente, la imagen y las lecturas sobre Gabriel Álvarez de Toledo; aún hoy encontramos algunas referencias tópicas que no se ponen en cuestión. Probablemente nunca sabremos si muchas de ellas son adorno retórico o si ciertos lugares comunes saltaban de los papeles a las vidas reales (o se convertían en recursos recurrentes por su reiteración y, tal vez, credibilidad). Muchos de los datos apuntados en la biografías resultan comprobables: por ejemplo, la participación y el premio de Álvarez de Toledo en el certamen por la canonización de san Andrés Avelino figura en una publicación portuguesa (Breve noticia, 1714),

³² No es, por tanto, un caso extraordinario el de las biografías de Álvarez de Toledo, sino que lo encontramos en otras producidas en el bajo barroco, como, por poner un ejemplo conocido y que he estudiado, la de sor Juana Inés de la Cruz (Martín-Puya, 2023), o, en el marco de la RAE, la ya mencionada «Gloria póstuma» del primer presidente, Juan Manuel Fernández Pacheco, escrita por Casani (1725).

y hemos comprobado que los profesores de la Universidad de Salamanca elogiaban a Álvarez de Toledo en sus obras. Sin embargo, el paseo de media hora por la biblioteca y el dictado de memoria apuntan a licencias del redactor/orador. No es cuestionable, por tanto, que ambos documentos biográficos responden a unos usos retóricos y siguen esquemas y códigos propios de un género que estaba tanteando sus posibilidades. Obviamente, en su proceso de elaboración y de dotar de sentido a una vida, dibujaban y desdibujaban, adornaban sus narraciones.

Como reflejo de la proyección buscada en ambos escritos encontramos la divergencia de planteamientos en relación con algunas cuestiones: la más evidente es la figura del padre, en un caso responsable del retraso en los estudios, y en el otro preocupado por una educación modélica del hijo, interrumpida por su fallecimiento. Pero Francisco Álvarez de Toledo falleció en 1690, cuando *don Gabriel* tenía 28 años. Además, si es cierto que en 1681, como comisionado de la Inquisición, el sevillano participa en el expurgo de una obra en latín, resulta difícil pensar en esa absoluta transformación vital que habría supuesto un encuentro religioso a sus 30 años.

Por otra parte, aunque es cierto, como ha señalado Galbarro García (2009: 217), que en su testamento Álvarez de Toledo no se muestra preocupado por la suerte de su obra poética (actitud propia del amateurismo), al contrario de lo que ocurre con su obra histórico-teológica, no prueba esto la quema de sus poesías y papeles de juventud, afirmación que solo conocemos por la encomiástica construcción de Torres. Hemos de considerar, también, en relación con esto y con las lecturas de su vida en estos escritos, que el propio poeta se preocupó de su imagen pública. Los poemas que publicó durante su vida permiten establecer sus preferencias respecto a este punto: participó en obras colectivas y se sumó a los preliminares a textos de autores de su círculo, que podían aportar visibilidad de grupo o rédito social; publicó un pliego de interés evidentemente político, con que se posiciona públicamente como fiel servidor de la causa borbónica durante la Guerra de Sucesión, y otros de carácter religioso que proyectan una imagen de buen cristiano (pliegos que se encuadran en una amplia tradición y cuyo paso por las prensas estaba legitimado). Esto nos habla de la forja personal de una imagen pública, de las decisiones conscientes en una estrategia autorial, pero no del abandono de la práctica ociosa de los versos ni de una frecuentación obligada por peticiones ajenas. La imagen que cuidadosamente cultiva de sí mismo (cf. Jiménez Belmonte, 2015; Martín-Puya, 2017) sienta las bases para las construcciones de Villegas y de Torres.

Para concluir, me gustaría destacar cómo la selección de datos no se limita al biografiado, sino que nada se dice de la caída en desgracia de Solís y Valde-rrábano, separado de los ámbitos de poder mientras Gabriel Álvarez de Toledo

alcanzaba sus mayores cotas de influencia, aspecto ya señalado por Jiménez Belmonte en su certero e imprescindible trabajo:

Pero el gran logro de Gabriel Álvarez de Toledo consistió en mantener el prestigio acumulado durante la primera década del siglo una vez que su principal representante ante la Corte, el duque de Montellano, se retiró de la escena política en 1709. De hecho, es a partir de 1709 cuando ese capital simbólico acumulado ofrece realmente sus mejores frutos y cuando la carrera del sevillano alcanza su clímax confirmando al personaje como una fuente de prestigio propio. [...] nuestro autor continuó en estos años ejerciendo su autoridad y expresando su opinión sobre diversos asuntos concernientes al ámbito intelectual cortesano también desde el espacio académico, privado, y a través de la sátira en verso, lo que desdice, de nuevo, el anacoretismo del que lo vestiría luego el prólogo de Villarroel (Jiménez Belmonte, 2015: 96).

Evidentemente, carecería de sentido en un texto encomiástico, tanto en el marco académico ante el nieto de Solís y Valderrábano, como en una edición dedicada al bisnieto, detenerse en detalles escabrosos como estos y resquebrajar lo idealizado de la pintura; al fin y al cabo, en ambos casos, la adulación y el encomio apuntan y revierten, como ya dijimos, sobre la Casa de Montellano.

Apéndice: edición del texto

[Elogio de D. Gabriel Álvarez de Toledo]³³

Decía Aristóteles que para adquirir una sabiduría sólida eran necesarias tres cosas: la naturaleza, la doctrina y la ejercitación; porque, sin ellas, aun en las cosas menores, se trabajaría en vano. Es la costumbre tan poderosa, si ha echado hondas raíces, que el apartarse de seguirla cuando no ha encaminado a lo ilícito y torcer la fuerza de su inclinación, más que a prodigio de la naturaleza, se debe atribuir a milagro de la gracia. Por esto decía Horacio que, aunque la horca se arrimase al árbol para enderezarle, siempre conservaba el vicio.

Las plantas en el huerto, cuando no tienen el cultivo, si dan abundancia de flores, por lo común se ven desnudas de frutos, y toda su lozanía se desvanece con el más leve cierzo. Los árboles silvestres, con el castigo de la mano, admiten el injerto y dan la fruta delicada y con sazón. El caballo se aliciona con la espuela y la vara, y sirve para el uso y conveniencia del hombre. Aun los más

³³ El texto se presenta sin título, y es al margen donde encontramos, anotado a lápiz, «Elogio de D. Gab. A. de Toledo».

indóciles brutos se domestican con la enseñanza. Pero, cuando la naturaleza ha corrido libre a su inclinación, el vencerla estando en su mayor vigor es obra de superior influjo; por lo cual era de sentir el Crisóstomo que cuando se ejecutaba algo que superase la naturaleza, de suerte que incluyese en sí lo honesto y lo útil, era claro que se hacía por cierta virtud y asistencia divinas. De esto nos da manifiesto testimonio nuestro insigne académico don Gabriel Álvarez de Toledo y Pellicer, cuyo elogio, si se fio a mi cortedad, era digno de la más delicada pluma.

Nació en Sevilla por los años de 1662 de padre más ilustre que cuidadoso, pues no empleó la diligencia que era natural en la crianza de sus hijos, que, a mediana que hubiera sido, se conocerían los efectos, porque eran preciosos los metales de sus ingenios. Era el de nuestro don Gabriel singular, y, al paso que corría libre y sin escuela, se veían en él unos quilates que daban bastante materia a lamentar la pérdida de la ocasión y del tiempo en una ciudad que, si por lo grande es arriesgada a la juventud, es también acomodada por sus escuelas y concurso al cultivo de los muchos ingenios que produce.

Con esta desgracia pasó su mocedad, mezclando con los desórdenes de su libertad muchas agudezas de su genio, haciéndose a un mismo tiempo reparable y apetecido. Todos los frutos que producía esta planta eran unas prontitudes hijas de su viveza, limitándose sus conocimientos con la carencia de los principios, y corriendo el discurso libre y sin la estrechez y límites de las reglas. A la edad de treinta años no había estudiado gramática; conque se hacen más prodigiosos sus progresos considerado el desperdicio de la edad propia a adquirir los rudimentos del saber. La fortuna le trajo a Sevilla al conde de Montellano por asistente, caballero tan elevado que, donde quiera que hacía asiento, era su casa una patente academia de la discreción. Esta general licencia le condujo a ser concurrente y a desengañarse de la pérdida de sus talentos. Pero, aunque la conocía por la experiencia, el haber corrido libre y malogrado lo mejor de su edad le servían de rémora para no resolverse a negociar con el trabajo alguna parte de lo perdido.

El amable genio de nuestro don Gabriel le dio entrada en el cariño del conde, que desde entonces se le profesó hasta la muerte (que, cuando las amistades son de corazón, tienen término en las aras). Encargósele de la Corte que pasase a Cádiz, a un negocio que pedía algún tiempo; y parece que el cielo previno este viaje para la resurrección de don Gabriel, porque, pasando en su compañía, la hizo en aquella ciudad con un religioso igualmente virtuoso que docto, con cuya dulce conversación y trato, quedó persuadido a empezar a vivir, buscando a Dios y a los libros para emplearse en uno y otro.

Lo primero que hizo fue desnudarse del hombre viejo, que es el principio del saber, y desde entonces se dedicó a estudiar, sacando a la gramática aquella

médula necesaria para entero conocimiento de los más difíciles libros; pasando después a practicarlos con la lengua griega, de que tuvo igual noticia; y estas dos empresas y el imponerse en algún conocimiento de la hebrea fueron trabajo en que consumió escasos dos años. La inteligencia de estas lenguas le facilitó el hacerse en breve muy dueño de la francesa, italiana y portuguesa, en las cuales le eran los libros tan familiares como si estuvieran escritos en el idioma nativo; de tal suerte que se le preguntaban los lugares dificultosos, y se echó mano de su inteligencia para la confrontación de los libros de la *Mística ciudad de Dios*, que tradujo en lengua francesa el padre Croset, religioso francisco recoleto, natural de Aviñón, que a este fin vino a Madrid el año de 1708, y dio en ellos su aprobación nuestro académico.

Pasó el conde al virreinato de Cerdeña y le llevó por su secretario, afianzando en su juicio el acierto del empleo (que, aunque el conde era tan hecho y sabio, bien conocía que el secretario, que es el instrumento del obrar, debe ser tan diestro como el que dicta, para que salgan con perfección y consonancia las resoluciones). En aquella isla se empezó a dar a conocer a los eruditos que la habitaban, pero mucho más se señalaba en la virtud, pues la cimentó con tanta humildad y tan honda caridad que de nadie juzgaba mal, ni se persuadía a él; de tal suerte que, en este y los demás empleos que tuvo el conde, cuando se trataba de castigar delito o corregir algún exceso, se había de practicar por otro conducto distinto, porque en su boca y dictamen salía siempre libre el culpado, y aun canonizado de sus razones.

Los grandes méritos y elevadas prendas del conde le hicieron acreedor a la estimación y confianza del rey nuestro señor, que desde luego que vino a estos reinos se dignó irle elevando a la dignidad de duque y a los empleos de presidente de Castilla, de Órdenes y la Junta del Gabinete. Pero, como don Gabriel estaba tan dentro de su estimación, quiso (aunque sin pretenderlo él) que gozase también de los efectos del favor, y, así, le graduó de secretario del rey, le consiguió la plaza de oficial traductor de la lengua latina en la Secretaría de Estado y le puso el hábito de Alcántara.

En todos estos empleos del duque cumplió don Gabriel exactamente lo que estaba a su cargo sin que esta tarea le desviase del estudio de sus apetecidos adelantamientos, y, dedicando a la obligación las horas destinadas al trabajo, hurtaba para su aprovechamiento las que a todos concede la naturaleza para el descanso, y, partiendo con Dios y con los libros, adelantaba en la virtud y salía maestro en la filosofía y singular en la historia eclesiástica, en que llegó a merecer tanta reputación que el reverendo padre Daniel Papebrokio [Daniel van Papenbroeck], desde Flandes, le consultaba los puntos más oscuros de las cosas de nuestra España y mantenía con él frecuente correspondencia.

Los empleos que don Gabriel mereció a la piedad del rey nuestro señor hubieran envanecido a otro que no tuviera tan asida la humildad, pero en él estuvieron tan exteriores en el aprecio que solo se veía tenerlos cuando llegaba la ocasión de servirlos. Del hábito se consideraba tan poco merecedor que casi siempre le traía escondido, y en su persona gastaba tal deajo que solo la autoridad del duque podía conseguir a preceptos el que se pusiese un vestido que le distinguiese de un hombre desvalido y lastimosamente pobre. Y aunque los empleos pedían esta distinción, todo su producto se distribuía en limosnas y, si quedaba algo, se convertía en libros.

Tenía tanto crédito ya don Gabriel para con los sabios que era conocido aun de los que vivían distantes. Pasando a Salamanca con el conde de Salduña y sus hijos, fue con el mayor, el marqués de Castelnovo, a un acto que se tenía en escuelas y a que eran convidados, cuya función acabada, salieron a la puerta diferentes maestros a hablar con el marqués y, saliendo también don Gabriel para irse, preguntaron quién era. A [lo] que el padre maestro Pérez, basilio, que le conocía, respondió a los otros: «Este es un caballero que sabe más teología que nosotros». Todo este crédito le había adquirido la continua lección de los libros sagrados, los santos padres y la historia eclesiástica.

Como entró tan tarde a estudiar y tuvo corto el tiempo para saber, fue su cabeza un depósito de noticias que, si tuvieron colocación en el juicio, no permitieron el lugar a la pluma para afianzarlas en el papel; y así, en poco nos dejó mucho que lamentar [que] se hubiese anticipado la parca a cortar el estambre. Al entrar a reinar el rey nuestro señor, le presentó unas reglas breves contenidas en dos hojas de papel, que dan bastante prueba de lo bien instruido que estaba de la moral y de las obligaciones que tiene y lo que debe observar un príncipe prudente y cristianamente político.

En la poesía fue señalado y, como su genio era naturalmente festivo, la casualidad le dio motivos para escribir algunas letras tan sazonadas y agudas que, sin herir con lo penetrante de la sátira ni faltar a la modestia y compostura de sus voces, dejaban al interesado tan risueño como a los que las leían; pero siempre guardó en este género una repugnancia, que solo lo practicaba entre los amigos que le persuadían a ello por tener obras de su talento. Por esta razón dejó de proseguir el poema jocosos de la *Burrumachia*, obra tan hija de su ingenio que, si la hubiera perfeccionado, tendría nuestra nación una pieza que oponer a la *Batrachomimachia* de Homero.

De todas sus obras solo se imprimieron una paráfrasis del miserere y un acto de contrición, que merecieron el universal aplauso; y puede ser que algún día tenga el público todas las poesías de don Gabriel por el cuidado y solicitud del excelentísimo señor don José de Solís y Gante, duque de Montellano, nues-

tro académico, que procura recogerlas. Y muchas de ellas se perdieron con su muerte, porque su cabeza era un depósito de sonetos hechos a diferentes asuntos sagrados y morales, que refería de memoria y pensaba en dejar escritos, siendo tan feliz en esta potencia que, habiéndole pedido de Portugal [que] escribiese al certamen que se hacía a la canonización de san Andrés Avelino, apenas recibió la carta en la Real Biblioteca, se paseó en una sala el término de media hora, y al fin dictó un romance en 60 coplas que, sin tener que enmendar, pasaron a vuelta de correo a Portugal, y fue premiado en el asunto con un antojo.

El remate de sus premios fue elegirle Su Majestad por bibliotecario mayor en la Real Librería que resolvió fundar para beneficio común; porque obra de este tamaño y de tanto útil pedía unas prendas y talento como el de nuestro don Gabriel, que, por la misma razón, fue nombrado por uno de los primeros fundadores de nuestra Real Academia. Pero uno y otro cuerpo a corto tiempo se vieron privados de este estimable miembro, y el público, de la insigne obra de la *Historia de la Iglesia y del Mundo*, que, para que fuese más sensible la pérdida, nos dejó la muestra en el primer tomo, que dio al público casi al mismo tiempo que la funesta noticia de su muerte, que sucedió el día 17 de enero del año de 1714, a los 52 años de su edad, y cuando empezaban sus trabajos a dejarse ver a los eruditos.

Murió como vivió, dejando las más seguras pruebas de que descansa en paz, y huérfanos a algunos pobres decentes, porque espiraron sus socorros. Todo su caudal fue una librería, si no exquisita, muy selecta, y algunos ajuares propios del que vive previniéndose para morir. Comenzó tarde a estudiar y murió temprano, pues a detenerse la muerte algunos años dejara el rico tesoro de su erudición; pero como estaba tan prevenido para el fin, se le anticipó, para que gozase el premio de sus virtudes.

Bibliografía

- ABENGOCHEA, Santiago (1961), «Ideas pedagógicas de S. Juan Crisóstomo», *Helmántica*, 12.37-39, págs. 343-360.
- ÁGREDA, sor María de Jesús de (1715), *La Cité Mystique de Dieu*, 3 vols., trad. Thomas Croset, Bruselas, François Foppens.
- ÁLVAREZ DE TOLEDO, Gabriel (1744), *Obras póstumas poéticas, con la Burrumaquia*, ed. Diego de Torres Villarroel, Madrid, Imprenta del Convento de la Merced.
- (1713), *Historia de la Iglesia y del mundo, que contiene los sucesos desde su creación hasta el diluvio*, Madrid, Librería del Rey, José Rodríguez y Escobar.

- ARREDONDO, María Soledad (2016), «José Pellicer ¿cronista marginado? El Comercio impedido por los enemigos desta Monarquía», en *Heterodoxia, marginalidad y maravilla en los Siglos de Oro: VI Seminario Internacional del GLESOC*, Madrid, Visor, págs. 11-25.
- BENITO Y DURÁN, Ángel (1951), «La Orden de San Basilio en Madrid», *Revista de Biblioteca, Archivo y Museo*, 1-2, págs. 167-235.
- BONILLA CEREZO, Rafael y Ángel Luis LUJÁN ATIENZA (2014), *Zoomaquias. Épica burlesca del Siglo de Oro*, Madrid / Frankfurt, Iberoamericana / Vervuert.
- Breve noticia del certamen sacro-poético con que previnieron los clérigos regulares teatinos de la Divina Providencia de esta gran Corte de Lisboa el día natalicio del gloriosísimo S. Andrés Avelino en aplauso de su canonización*, Lisboa, Miguel Manescal. 1714.
- CALVO MARTÍNEZ, Tomás (2003), «¿Por qué y cómo educar? Paidéa y política en Aristóteles», *Δαΐμων. Revista de Filosofía*, nº 30, 2003, págs. 9-21.
- CASANI, José (1725), «Gloria póstuma, o elogio del excelentísimo señor don Juan Manuel Fernández Pacheco...», *Relación de las exequias que la Real Academia Española celebró por el excelentísimo señor don Juan Manuel Fernández Pacheco, marqués de Villena, su primer fundador y director, que en nombre de la misma Academia dedica al excelentísimo señor don Mercurio López Pacheco, marqués de Villena, su actual director, don Vincencio Squarzáfigo Centurión y Arriola, secretario de ella*, Madrid, Francisco del Hierro, 1725, págs. 33-47.
- CEÑAL, Ramón (1945), «Cartesianismo en España: notas para su historia (1650-1750)», *Revista de la Universidad de Oviedo*, Facultad de Filosofía y Letras, nº 6, págs. 5-97.
- CUETO, Leopoldo Augusto de (1869), *Poetas líricos del siglo XVIII*, vol. I, Madrid, Rivadeneyra (Biblioteca de Autores Españoles, 61).
- DELGADO JARA, Inmaculada (ed.) (2002), *Sermones in Genesim de san Juan Crisóstomo. Edición bilingüe griego-español*, Helmántica, LIII, 160.
- DÍAZ BLANCO, José Manuel (2017), «Antes de 1717: la Casa de la Contratación en el Cádiz del seiscientos», *Studia historica: Historia moderna*, 39, 2, págs. 27-52.
- ESTÉVEZ LÓPEZ, Elisa (2013), «La familia en el cristianismo primitivo. Lecciones e impulsos para hoy», *Estudios eclesiásticos*, 88.345, págs. 237-286.
- GALBARRO GARCÍA, Jaime (2021), «José Pellicer de Tovar o “el riesgo de comentar a don Luis”», en Mercedes Blanco y Aude Plagnard (eds.), *El universo de una polémica: Góngora y la cultura española del siglo XVII*, Madrid/Frankfurt, Iberoamericana/Vervuert, págs. 239-262.

- (2009), «Gabriel Álvarez de Toledo y la *dispositio textus* de las *Obras póstumas poéticas* (Madrid, 1744)», en Ignacio García Aguilar (coord.), *Tras el canon: la poesía del Barroco tardío*, Vigo, Academia del Hispanismo, págs. 217-230.
- GARAU AMENGUAL, Jaume (1991), «La poesía solemne de Gabriel Álvarez de Toledo», *Archivo hispalense*, 74.225, págs. 147-180.
- (1994), «La parodia de la épica culta en el declinar de la estética barroca: la *Burromaquia* de Gabriel Álvarez de Toledo», *Revista de Literatura*, 112, págs. 371-390.
- (2013), «Torres Villarroel, editor de Gabriel Álvarez de Toledo. Nuevas notas sobre la poesía de uno de los fundadores de la Real Academia», *Criticón*, 119, págs. 35-49.
- GARCÍA LÓPEZ, Jorge y Enrique GARCÍA SANTO-TOMÁS (2021), «Carlos II y la escritura del ocaso», en *Atardece el Barroco: ficción experimental en la España de Carlos II (1665-1700)*, Madrid / Frankfurt, Iberoamericana / Vervuert, págs. 7-25.
- GÓMEZ MORENO, Ángel (2008), *Claves hagiográficas de la literatura española*, Madrid / Frankfurt, Iberoamericana / Vervuert.
- GONZÁLEZ OLLÉ, Fernando (1992), «Defensa y modernización del castellano: Salazar y Castro frente a la Academia Española», en *Actas del II Congreso Internacional de Historia de la Lengua Española*, vol. I, Madrid, Pabellón de España, pp. 165-198.
- HILL, Ruth Ann (2000), *Spectres and Sciences in the Spains: Four Humanists and the New Philosophy (ca. 1680-1740)*, Liverpool, Liverpool University Press.
- HORACIO (1996), *Sátiras. Epístolas. Arte poética*, edición de Horacio Silvestre, Madrid, Cátedra.
- INTERIÁN DE AYALA, Juan (1782), *El pintor cristiano y erudito, o tratado de los errores que suelen cometerse frecuentemente en pintar y esculpir las imágenes sagradas... Escrita en latín... Y traducida en castellano por D. Luis de Durán y de Bastero...*, I, Madrid, Joaquín Ibarra.
- JIMÉNEZ BELMONTE, Javier (2007), *Las obras en verso del príncipe de Esquilache. Amateurismo y conciencia literaria*, Londres, Tamesis.
- (2012), «Amateurs preclaros de la España postbarroca: nostalgias de un modelo socioliterario», *Calíope*, 18.1, págs. 79-101.
- (2015a), «Poesía y poder en la España postbarroca: Gabriel Álvarez de Toledo en la Casa de Montellano (1689-1714)», *Criticón*, 123, págs. 79-103.
- (2015b), «Parnasos de ocasión: Gabriel Álvarez de Toledo desde el “Romance a un romance en latín” de Martín Leandro de Acosta y Lugo», *Dieciocho*, 38.1, págs. 33-48.

- MARTÍN-PUYA, Ana Isabel (2017), «Gabriel Álvarez de Toledo: la práctica poética al servicio de la promoción social», en Elena de Lorenzo Álvarez (ed.), *Ser autor en la España del siglo XVIII*, Gijón, Trea, págs. 1-24.
- (2022) «Amateurismo poético peninsular en torno a 1700: el encuentro de Manuel de Sousa Moreira y Gabriel Álvarez de Toledo a la luz de sus vidas, sus redes y sus versos», *Cuadernos de Ilustración y Romanticismo*, 28, págs. 11-41.
- (2023), «Construyendo a sor Juana: la creación de un mito en el bajo barroco (sobre la *Fama póstuma*)», *Atalanta*, 11.1, págs. 128-151.
- MARQUANT, Hugo (2020), «El impacto de la famosa “Querella” (1696-1699) entre Bossuet y Fénelon en la *Censure* de la Sorbona de París (1696) en particular y en la recepción de la *Cité mystique de Dieu* en Francia, en Bélgica y en general», en Pilar Martino Alba, Miguel Ángel Vega Cernuda y Juan Antonio Fuentes (coords.), *Feminidad, literatura mística y traducción. Aproximación a la mística femenina: contrastes y recepción*, Madrid, OMMPRESS, págs. 75-98.
- MERCADIER, Guy (1981), *Diego de Torres Villarroel: Masques et Miroirs*, París, Éditions Hispaniques.
- NAVARRO DE CÉSPEDES, Manuel (1708), *Prolegomena de Angelis. In quibus dis-seritur de cognitione spiritum, quam habuerunt philosophi ethnici atque ex illorum sectarum, et dogmatum collustratione demonstratur numquam ethnicos aut suæ philosophiæ naturalis, aut ethnices suæ statutis, Angelos Designavisse...*, t. I, Salamanca, Gregorio Ortiz Gallardo.
- OLIVER, Juan Manuel (1995), «Los matrimonios de José Pellicer (Noticias de su vida familiar y descendencia)», *Criticón*, n.º 63, págs. 47-88.
- PÉREZ GARCÍA, fray Miguel (1708), *Tractatus theologico-biblicus ad verba Pauli*, t. I, Salamanca, Gregorio Ortiz Gallardo.
- PÉREZ MAGALLÓN, Jesús (2001), «Hacia un nuevo discurso poético en el tiempo de los novatores», *Bulletin hispanique*, 103.2, págs. 449-479.
- (2002), *Construyendo la modernidad. La cultura española en tiempo de los novatores*,
- PONCE CÁRDENAS, Jesús (2012), «José de Pellicer de Ossau y Salas y Tovar», en *Diccionario biográfico español*, t. XL, Madrid, Real Academia de la Historia, págs. 532-535.
- POUGET, François-Aimé (1784), *Instrucciones generales en forma de catecismo: en las cuales, por la Sagrada Escritura y la tradición, se explican en compendio la historia y los dogmas de la religión, la moral cristiana, los sacramentos, la oración, las ceremonias y usos de la Iglesia*, tomo I, trad. Francisco Antonio de Escartín y Carrera, Madrid, Imprenta Real.

- Real Academia Española (1739), «Académicos que han fallecido desde la fundación de la Academia y los sujetos de ella a quienes se encargaron sus elogios», en *Diccionario de la lengua castellana, en que se explica el verdadero sentido de las voces, su naturaleza y calidad, con las frases o modos de hablar, los proverbios o refranes y otras cosas convenientes al uso de la lengua*, tomo VI, Madrid, Imprenta de la Real Academia Española, Herederos de Francisco del Hierro, [fols. 9-10].
- REDRUELLO VIDAL, Érika (2023), «“No ha faltado quien llamó calumnia a este reparo mío”. Sobre las disputas y críticas entre Pellicer y Salcedo Coronel», *Hipogrifo*, 11.1, págs. 1087-1116.
- RUIZ PÉREZ, Antonio (2011-2012), «La biblioteca del Convento de Agustinos Descalzos de Nuestra Señora del Pópulo de Sevilla», *Hespérides*, n.º 19-20, págs. 285-299.
- RUIZ PÉREZ, Pedro (2021), «Biografías bajo barrocas de poetas: entre retórica y ficción», en Jorge García López y Enrique García-Santo Tomás (eds.), *Atardece el Barroco: ficción experimental en la España de Carlos II (1665-1700)*, Madrid / Frankfurt, Iberoamericana / Vervuert, págs. 93-117.
- SAN JOSÉ LERA, Javier (2007), «Perfiles del sabio cristiano: el biblista», en Ignacio Arellano y Marc Vitse (eds.), *Modelos de vida en la España del Siglo de Oro (II): el sabio y el santo*, Madrid / Frankfurt, Iberoamericana / Vervuert, págs. 71-90.
- SANTIAGO MEDINA, Bárbara (2012), «Daniel van Papenbroeck y la diplomática europea en el siglo XVII», en Juan Carlos Galende Díaz y Susana Cabezas Fontanilla (dirs.), y Nicolás Ávila Seoane (coord.), *De documentación y documentos madrileños*, Madrid, CERSA, págs. 309-338.
- SOLÍS FOLCH DE CARDONA, Alonso de (1754), *El Pelayo: poema*, Madrid, Antonio Marín.
- SORIA MESA, Enrique (2020), «En los límites de la herencia inmaterial. La usurpación de apellidos en la España Moderna como estrategia de ascenso social», en José Ignacio Fortea Pérez et al. (coords.), *Monarquías en conflicto. Linajes y noblezas en la articulación de la Monarquía Hispánica*, Fundación Española de Historia Moderna / Universidad de Cantabria, págs. 261-297.
- (2004), «Genealogía y poder: invención de la memoria y ascenso social en la España moderna», *Estudis*, 30, págs. 21-55.
- SOSA, António Caetano de (1735-1748), *Historia genealógica da Casa Real Portuguesa, desde a sua origem até o presente, com as famílias illustres que procedem dos Reis e dos sereníssimos duques de Bragança...*, 13 vols., Lisboa Occidental, José Antonio da Silva.

USUNÁRIZ IRIBERTEGUI, Miren (2019), «Burlas en las polémicas literarias del Siglo de Oro. El caso del comentarista gongorino José Pellicer», *Hipogrifo*, 7.2, págs. 147-160.